EP Cultura 07 final 3/28/06 2:34 PM Page 5

en tiempos en que el dogmatismo, la corrección política y la superstición gozan de prestigio renovado.

Ninguno de los grandes temas de nuestra era ha sido menospreciado por la revista. Globalización, economía del conocimiento, multiculturalismo, los retos de la democracia, derechos humanos, migraciones, educación y salud, ecología, las nuevas formas de la criminalidad internacional, la transformación de los valores, la corrupción, el desarrollo de la biotecnología, el poder norteamericano, la integración europea y el surgimiento de la potencia china. También han circulado por sus galeras los pensadores imprescindibles de estos días. Bobbio desplegando su duda sobre las nuevas concepciones organicistas que extrañamente adquieren nueva dignidad filosófica y hasta credenciales progresistas. Francis Fukuyama, después de sus exequias a la historia, encontrando la prenda de la confianza como clave de modernidad. Sartori desmenuzando conceptos para desmontar el mito de la crisis de representación. Samuel Huntington con sus intimidaciones conocidas. Havel sobre las esperanzas europeas. Pascal Bruckner denunciando la pasividad a la que nos condena el discurso filosófico y político del culturalismo. François Furet y su extraordinario ensayo sobre la utopía y la democracia. Mark Lilla, Edward Said, Ralf Dahrendorf, Inglehart, Zizek, Gombrich...

Tendencias y opiniones.
Datos e ideas. Números y ficciones.
Hechos e imaginación. ~

Lamento del sordo
Bruce Swansey

¿Cómo puedo decirlo?

Decir.

Lo.

Es un dolor… ¿sordo? ¿Algo que va como la sangre por mis venas? Una corriente. Una electrocución que me condena diariamente al mismo recuerdo, a las mismas pesadillas, que no son tales sino el enfrentamiento con el vacío.

No sé.

Y lo sé. Cada paso me arroja su imagen. Pero… Es una imagen. Una que nada tiene que ver con él. Una que yo me fabrico constantemente, hecha de fragmentos. Una que construyo eligiendo los pedazos que se agolpan con la fuerza de una inmensa roca catapultada contra las murallas para desvanecerse instantáneamente. Y volver a surgir con la fatalidad de… la muerte.

Eso es.

Está muerto.

Debo repetirlo.

Está muerto.

Una vez más.

Muerto.

Ni siquiera puedo verlo quiero decir ni siquiera sé dónde está ni nunca podré verlo abrazarlo decirle que pensé que era divino y que nunca moriría o que nunca pensé que moriría o que nunca pensé…

- Con estudios en comunicación y literatura —obtuvo la maestría en Comunicación por la UNAM y se doctoró en Letras Hispánicas en Trinity College, Dublín, como culminación de los estudios que realizara en El Colegio de México— Bruce Swansey (Ciudad de México, 1955) ha aplicado esta doble experiencia en medios impresos y audiovisuales de relevancia cultural. Ha sido comentarista y guionista en canales de televisión (particularmente en Canal 22), crítico de teatro para la revista *Proceso* y colaborador en publicaciones como *Excélsior*, *Los Universitarios*, *México en la Cultura*, *unomásuno* y *La Jornada*. Es autor del libro de relatos *Prosas para el boudoir* y del poemario *Humpty-Dumpty*, así como de diversos ensayos sobre los dos grandes de su especialidad: Cervantes y Valle-Inclán. Actualmente es profesor en Trinity College y en la Universidad de Dublín.

EP Cultura 07 final 3/28/06 2:34 PM Page 6

Muerto.

Eso es.

Pero la muerte cobra una cuota… Esa otra vida insidiosa que muerde sin cesar. La muerte muerde. La memoria implacable, el enfrentamiento constante del que nada puede salvarme.

Y antes o después que la perra, aúllo. Me tumbo sobre los terrones secos apretando los dientes y estrello la cabeza contra las baldosas de piedra de esta prisión que prefigura mi muerte.

Si supiéramos que las vidas de los que amamos son frágiles y perecederas procederíamos de muy distinta manera. Pero como todo lo que es importante, lo sabemos cuando ya es inútil.

Palabras inertes. Modos inútiles de consolarme.

Inútiles.

Porque hundido en el polvo la boca llena de tierra hecho tierra destinado a la tierra afirmo la muerte.

¿Qué más? ¿Qué más hace cualquiera?

Pero yo… No es eso lo que quería decirme. Quería contarme este dolor… ¿sordo? que me acorrala y repite que he vivido para mí mismo. Para mi fama. Para construir el laberinto. Para ser el gran arquitecto. Para hacer posible el deseo monstruoso. Para ser el gran infame. Ya sé, sé lo que dirán los miserables de siempre, que nada más me importa, que voy a usufructuar incluso esta muerte. Pero nada de eso importa. El único acto de amor que he realizado ha sido inconsciente y nunca me hice cargo de él. Gordito. Chaparro. Muy decepcionante.

Pero era mío. Lo único que era mío.

Lo.

Dos letras toda esa sangre. Mi sangre.

Y se lo advertí. Le dije: sígueme. Pero ¿cómo iba a seguirme si no tenía la maldita costumbre? ¿Y cómo controlarlo si apenas lo conocía?

Vi que era incapaz de batir bien los brazos. Los suyos eran blandengues. Y aún así lo estimulé. Le dije: ¡tú puedes! Y viéndolo gallináceo lo impulsé hacia arriba y nos reímos cuando pudo elevar el culo gordo sobre la primera nube y mirar hacia abajo, el palacio desvaneciéndose en la distancia y poco después las huertas de olivos y los viñedos descendiendo al mar y las cimas de las montañas más altas.

¡Cómo se me ocurrió abandonar el laberinto! ¡Cómo compartí con él ese sueño de libertad que yo tampoco conocía!

Pero qué más podía hacer. Repetir: "¿Aquí me tocó?" Debiera haberme resignado y ocupado con la interminable tarea de prolongar los pasillos y duplicar los patios y multiplicar las escalinatas hasta quedar sepultado bajo tanta grandeza.

EP Cultura 07 final 3/28/06 2:34 PM Page 7

Sordo lo elevé y por única vez en la vida cuidé su vida. Una vida que no supe que era la mía hasta que desecho cayó.

Nunca lo supe. Nunca supe que estaba deprimido ni que su vida era una encrucijada ni que su novia era un enigma para ella misma, ni que yo era distante ni que su madre era esa mujer abandonada y fofa y con esa mirada de vaca y ese odio letal que compartía con la hija fea.

¿Podemos ser ignorantes hasta tal punto?

¿Liquidar a los que más amamos?

Liquidarlo.

Lo.

Error mío. Otro mal cálculo.

Emprendimos el vuelo cerca del mediodía. Debí haberlo apresurado. Pero era la única vez que lo veía, su rostro lleno de confianza, sus grandes ojos almendrados. Y hasta bonito y entrañable me pareció. Y le dije: ¡Vámonos al cielo! ¡Juntos! Y su rostro se volvió miel y risa.

Y así abrió los brazos.

Unos bracitos fofos, como los de la costurera.

Como los de su hermana.

Y se puso las alas.

Lo conduje al patio central en el instante en que todo temblaba y en medio del frenesí de la Madre pudimos ascender. Cargados como íbamos, tropezándonos pero extrañamente felices, subimos hasta la terraza oriental, la más alta, la que domina el valle, y cuando sentí que la barda se desmoronaba bajo mis pies que eran los suyos, le grité: ¡vuela!

Contra lo que me hubiera imaginado viéndolo, voló. Esos bracillos de aguilucho podían más que los de su madre. Y mientras veíamos cómo todo se abatía, ascendimos hacia la esfera celeste. El orbe. La felicidad. Lado a lado nos veíamos y de cuando en cuando le recomendaba batir más o menos vigorosamente, inclinar la cabeza, planear, sostenerse…

En…

Sostenerse.

Gruño.

¡Sostenerse!

¿Quién carajo puede "sostenerse"?

Pero yo lo creía. Creí que uno puede sostenerse en el pináculo del éxito toda la vida. Ser Dios. Y desde ese pedestal juzgué a todos. Estaba convencido de que era mía la Victoria. Bajo sus alas inmaculadas había descifrado todos los secretos. Yo representaba una nueva era. Ningún tirano podía poseerme ni retenerme. Yo, Dédalo, tracé la ciudad. Fui yo quien facilitó venganzas monumentales. Nadie podía, ni siquiera el pobre Radamanto, competir conmigo.

Muérdome la maldita lengua. Mi dolor no es suficiente.

Él ha muerto.

Y no hay Hades.

Probablemente ni recuerdo.

¿Y qué me queda por hacer?

¿Qué más puedo perseguir?

Desde esta terraza domino el hormiguero. Todo ha sido determinado por poderes superiores. Que él muriera, por ejemplo. Que fuera tan impulsivo siendo tan débil. Que fuera incapaz. O lo que suceda a partir de ahora.

Yo…

Cargaré con este dolor sordo, con esto que no tiene nombre y que soy yo. Pero a diferencia de los demás acepté mi destino conociéndolo. ¿O hay alguien que crea que he renunciado a ser quien soy?

Hice lo que hice porque no podía ser de otra manera. No pude ser otro. He descifrado la trampa. La mía, la de él, la de ustedes.

Ya escucho las trompetas y los tambores y en la bahía veo ondear los estandartes.

Miren a Minos. Ya llega su flota.

Él, muerto.

Y yo preso. Por ser incapaz de ocultar mi genio. Por mi sed insaciable de fama. Todo por un acertijo. Al final, es él quien gana la partida. Juez de los muertos, ahora él es el más sabio. ~